



La cultura, la música y el beato Josemaría

Rafael Frühbeck de Burgos

Director emérito de la Orquesta Nacional de España
De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

La sensibilidad del beato Josemaría en lo que respecta a la cultura no sólo era grande, sino que era mucho mayor de lo que un examen no suficientemente atento de sus escritos y sus palabras recogidas pudieran dar a entender.

Ya el análisis de uno de los conceptos centrales –si no el más fundamental– de su mensaje, el de *«unidad de vida»*, lo muestra con claridad. En efecto, esa unidad se entiende como el armazón de la santificación de la vida ordinaria en el trabajo, la cual consiste en tener presente y hacer presente a Dios en esa vida.

Como Dios es el autor de todos los seres y el posibilitador de todas las buenas acciones, para verlo y hacerlo ver en ellas es menester primero ponerse en disposición de captarlo. Y esa disposición no es otra cosa que el amor al mundo y al trabajo. Pero el que ama cultiva lo amado y, al hacerlo, se hace culto.

Así pues, cuando el beato Josemaría pide a sus hijos –son sus palabras literales– que amen al mundo apasionadamente, y que amen de la misma manera su trabajo profesional y su familia, pues su vocación o vocaciones mundanales –familia, profesión, etc.– son la base que divinamente se ha de perfeccionar, está afirmando ya sin decirlo que el cultivo, la cultura, será una realidad ineludible en aquellos que le siguen.

Y esto es, sin duda, así, pues –como él mismo recordó con el antiguo aforismo romano *«non multa, sed multum»*– tener cultura

no consiste primariamente en saber muchas cosas, sino en cultivar con verdad, con profundidad y en la medida de nuestras posibilidades aquellas a las que accedemos.

Con todo, precisamente porque se ha de tener en cuenta tanto la alta dignidad del ser humano –todos, según insistía, están llamados a la santidad– como la maravilla de la creación en general, el beato Josemaría consideraba que también la cultura en su acepción clásica más común, o sea, la cultura como formación integral y como toque de excelencia, debía ser patrimonio de los que participaban en su espíritu.

Así pues, la cultura no es superficialidad brillante, vanidad o pedantería. Justamente porque la tenía en tan alta estima, rechazaba esa deformación tanto como su absolutización: la cultura por la cultura. Para él, la verdadera cultura ocupaba un lugar medial, pues, enraizándose en la sabiduría, debía también fecundar la ciencia. No quería hombres de ciencia incultos, ni cultura como exhibicionismo erudito. Quería personas cultas de verdad. Primero es la sabiduría, después la cultura, después la ciencia, decía.

Y, en esa cultura, la música ocupaba un lugar de relieve. De una parte, y en lo más interior, porque la religión –que tan profundamente vivió– es canto a Dios. Era muy patente en el beato Josemaría esa musicalidad de la relación con Dios. Y así como ella explica el carácter central que la fiesta tiene en toda religión, y particularmente en la cristiana –pues la música es esencia de

toda fiesta—, explica que un hombre de Dios encarne el carácter festivo. Como afirmó de él su primer sucesor, Mons. Álvaro del Portillo, «*su presencia era fiesta*».

Su hablar con Dios y de Dios era siempre «*musical*». En efecto, al igual que sucede en la música, en su trato con Dios él ponía por delante el silencio humilde, profundo y atento del alma, sin el cual no es posible ni la inspiración creativa ni la escucha, y después —con su gran corazón— lanzaba el ritmo, daba a luz la nota, la palabra, a la vez medida en su contenido y desmedida en su fuerza emocional. Era su oración, interior o expresada en voz alta para los demás, que sonaba como copla de amor a lo divino, según una expresión que le gustaba.

Sabido es que la música es el arte y el lenguaje por excelencia para el romanticismo. Alguna vez, el beato Josemaría dijo que se consideraba el último romántico. Su conversación con Dios y con todos era cántico del corazón.

Esa música interior que llevaba dentro, se expresaba también en música interpretada y en un aprecio señalado por ella, tanto la vocal como la instrumental. Apreciaba la música «*clásica*» y le gustaba mucho la buena música popular. Él mismo, sobre todo en los viajes en coche, solía cantar, y en las múltiples reuniones y tertulias que a lo largo de su vida tuvo con gente joven, gozaba haciéndoles cantar e interpretar todo tipo de música. Les regalaba instrumentos musicales y, en los últimos

años de su vida, a veces les pedía que le dejaran sus guitarras para bendecirlas.

Se cuidó de que en la sede central romana hubiese un piano, y quería que siempre que fuese posible, hubiera al menos un buen armonium en los oratorios grandes de la Prelatura. Este último punto conecta con otro aspecto destacado de su interés musical: las disposiciones que tomó para que, en todo el ámbito de la Prelatura, se aprendiera y practicara el canto litúrgico y, particularmente, según la tradición de la Iglesia, el gregoriano. No aceptaba la mala música en la liturgia y puso siempre un énfasis muy determinado en su rechazo.

Otra muestra de su consideración por la música es la alegría que tenía al saber de cualquier persona de ese mundo —intérprete instrumental, cantante operístico, etc.— que se incorporaba como nuevo miembro de la Prelatura.

Una conocida anécdota, relatada por el primer rector de la Universidad de Navarra, puede servir como conclusión. Se celebraba un acto de investidura de doctores «*honoris causa*» en el edificio central y el beato Escrivá caminaba al lado del profesor Sánchez Bella. El cortejo académico desfiló en silencio. Poco tardó el entonces Gran Canciller en comentar al Rector, en voz baja y con su proverbial buen humor, que aquello «*parecía un funeral de tercera*». El mismo día comenzó el desarrollo de la música en la Universidad de Navarra.

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.